

La mujer muerta yacía sobre lo alto de una torre en medio del desierto desolador. Las aves rapaces , como siniestras sirenas , profetizaron con sus gritos desgarradores la muerte. Planeando con sus gigantescos y negros abanicos , se abalanzaron ávidamente sobre la mujer , comenzando a desgarrarla en dimensiones.

ALUMBRAMIENTO

El esperma maduro ascendía por el cuerpo de la mujer eléctrica. Como un sabio salmón que va a desovar al inicio del río, sorteaba el viscoso y enrarecido caudal que regaba el seco cuerpo. El microscópico tritón penetró a la luna redonda. De repente, un eclipse lunar se originó. EL astro solar milagrosamente cubrió la pálida y enfermiza luna, vistiendo a la mujer de muerte.

A partir de aquel anuncio, la mujer comenzó a cubrirse de luto. Todos sus antiguos vestidos coloristas fueron quemados en la hoguera de la desilusión. Cerró las ventanas y las puertas de su casa y en un silencio oscuro y sobrecogedor purgó su futuro alumbramiento. Tendida en una austera cama y amortajada por su tieso vestido de almidón, se sumió en una profunda pesadilla.

A los tres o cuatro días sintió cómo anidaba en su útero un fruto con aspecto de mora silvestre. Los blastómeros se fueron multiplicando , bailando la danza de la muerte. El fruto acabó por anidar definitivamente en las paredes de un frío mármol y una descarga eléctrica proveniente del cerebro de la madre hizo surgir en el nuevo ser una cresta neural, nervio primitivo de su futura y atormentada sique.

Con el paso de los días el nuevo ser se fue cinceland. De una nebulosa cada vez menos difusa surgieron formas nítidas que marcaban una personalidad. El cuerpo se fue moldeando en una compacta estatua de sal, que no se disemina en el vientre de la madre, sino que , por el contrario, termina por pudrirse ante la frialdad de la progenitora.

Durante los dos meses siguientes la madre se alimentó de un profundo odio hacia la pequeña criatura. Esta última soportaba, como un oso herido de muerte, un duro invierno glacial. Tras la primera descarga eléctrica , la niña sufrió sucesivos trallazos que le iban generando una ansiedad imposible de soportar. La pequeña comunicaba dicha ansiedad a la madre con patadas de protesta y desesperación, que acababan siendo lamentaciones en el desierto más desolador. Aquella mujer veía cómo su vientre se deformaba como un estigma maldito. Odiaba a la criatura que llevaba dentro tanto o más que a sí misma.

Los meses fueron pasando hasta llegar al noveno. La madre , tendida en la cama redonda de sábanas negras, que ahora se convertía en una oscura y desesperanzadora sala de partos, parió con gritos de estéril dolor a una muerta viviente, que , como una Venus de Milo , tenía los brazos amputados.

DIMENSIONES

SANDRA SUAREZ CASTAÑO

I.ALUMBRAMIENTO

II.ADOLESCENCIA

III.MADUREZ